



Tesoro de la juventud

El caballero sin miedo y sin tacha

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Tesoro de la juventud

El caballero sin miedo y sin tacha*

Un día a fines del Siglo XV veíase un hermoso espectáculo ante un antiguo y noble castillo de Francia, El Castillo Bayardo.

El anciano caballero de ese nombre, inválido a consecuencia de las heridas recibidas en el campo de batalla, se sostenía apoyado en dos bastones, teniendo a su lado a su bella esposa, y rodeado de un gran séquito de servidores. Los ojos del viejo guerrero brillaban, mostrando a la vez afecto y admiración.- Todos sus servidores aplaudían.

La causa de su alegría era un muchacho de catorce años, quien vestido de seda y terciopelo, y adornado el birrete con una hermosa pluma, hacía diestramente evolucionar a un caballo de poca alzada.

El caballero, herido e inválido, no podía adiestrar por sí mismo a su hijo en el arte de la caballería; así, pues, le había comprado un brioso potro, le había vestido suntuosamente, y Pedro (que así se llamaba el joven) partía para aprender el ejercicio de las armas en la corte del Duque de Saboya.

El muchacho se distinguió mucho en su nueva profesión, por su valor y destreza, y conquistó el cariño de todos por su sencillez y generosidad.

En cierta ocasión quiso el duque hacer un magnífico presente al rey de Francia, y se le ocurrió mandarle a su valiente paje.

Estando un día el rey rodeado de su corte, apareció Pedro montado en su caballo con tanta gallardía y manejándolo con tanta habilidad, que daba gusto verlo.-

—” ¡ Bravo ! ¡ Bravo ! ¡ Espolead de nuevo ! “___exclamó el monarca, mientras aplaudía. Y toda la corte repitió: “ ¡ Bravo ! ¡ Bravo ! “.

Entonces Pedro dio de nuevo la vuelta al campo, y llevando el caballo a medio galope, y todos prorrumpieron en exclamaciones de admiración ante su destreza como jinete.

Dejaremos sin mencionar muchas de las hazañas de este intrépido joven, puesto, que llenarían varios volúmenes, y pasaremos a otra escena, en la Pedro ya es un hombre. Es alto, apuesto, de ojos brillantes, y lleno de gracia y gentileza. Ha vencido a los más valientes caballeros de su tiempo, y ha conquistado los más grandes honores en los campos de batalla.- Se le llama “ el caballero sin miedo y sin tacha”. Todos han oído hablar de él; todos conocen su valor indomable, su generosidad para con los vencidos, su caballerosidad para con las mujeres, su bravura como caballero y su nobleza como cristiano.

La escena que vamos a describir es la siguiente: acaba de tener lugar una gran batalla y el nuevo rey de Francia, que es todavía un adolescente, vuelve de su primer combate, envanecido por la victoria alcanzada. Desea sólo una cosa: ser armado caballero. Pero ¿ quién podrá armarle tal ? ¿ No es él mismo el poder supremo que los crea ?.

Por la noche tiene lugar un maravilloso espectáculo ante la tienda del soberano. Los más valientes soldados de Francia forman un gran cuadro; flamean al aire las banderas, y los heraldos hacen resonar sus trompetas. Los que han de recibir recompensas de manos del

rey, ocupan la primera fila, embargados por la emoción. Todos esperan con alegría el comienzo de la ceremonia. El monarca, Francisco I, sale de su tienda y se dirige hacia Bayardo. Se arrodilla sobre la yerba ante él, y Bayado, dándole el espaldarazo, le arma caballero. El rey había escogido para que le elevase a esta dignidad al más valiente y cortés de todos sus vasallos.

Una de las mayores hazañas del gran Bayardo fue la defensa del castillo de Brescia contra tropas considerables. Cuando la reina, cuyas eran aquellas tropas, preguntó enojada al general cómo era que con todos sus hombres y cañones no pudo tomar aquel débil palomar, el general respondió: __ “Señora, porque había en él un águila”.

Y ésta era precisamente la característica de Bayardo en la guerra: temperamento de águila. No temía salir al encuentro del enemigo cualquiera que fuese. Volaba como un torbellino en auxilio del débil y destruía el poder de los tiranos. Pero en la paz era de carácter afable. En la guerra, un águila; en la paz, una paloma.

Bayardo murió de manera noble y heroica. En una batalla luchando contra los españoles, el ejército francés tuvo que retirarse, y Bayardo, con un puñado de hombres, permaneció a retaguardia para proteger la retirada.

Allí le alcanzó una piedra disparada por una ballesta, la cual le partió la espina dorsal. Bajáronle del caballo y recostáronle en un árbol.

Ya moribundo, levantó el bravo caballero su espada, y pronunció una breve oración. Luego aconsejó a sus amigos que se pusieran a salvo, y les rogó que le volvieran la cara al enemigo.

Así murió uno de los hombres más valientes que blandieron espada.

EL REPARTO QUE HIZO UN REY

HUBO una vez un rey que expidió una proclama diciendo que cualquiera que fuese recibiría lo que le gustara pedir. Acudieron los nobles y pidieron ducados y riquezas, y mientras se les satisfacía, llegó el pobre pueblo y pidió iguales dones.

__Llegáis demasiado tarde__ les dijo el rey a los pobre villanos.__ Los nobles ya eran dueños de mucho de lo que poseo ahora. Como rey sólo me han dejado el poder y la autoridad. Yo no pudo hacer más que transferiros este poder y haceros jueces y señores de esos ricos nobles.

Cuando los hombres ricos se enteraron de lo que el rey había cedido, acudieron a él, implorando que retirase aquella donación.

__No queremos que esos miserables nos gobiernen__ le dijeron.

__No os quiero perjudicar, replicó el rey. Os he dado cuanto me habéis pedido, y no habéis dejado nada para los pobres. Partid con ellos y recobraré mi poder.

Parecióles a los nobles que ésta era la mejor solución; los pobres recibieron su parte y ,lo pasaron muy bien.

LA HAZAÑA DEL CUÁQUERO

ANTE todo es de saber que los cuáqueros son unas buenas personas, que creen ilícito el pelear y por eso rehusan hacerse soldados o marinos.

Pues bien; en cierta ocasión había un cuáquero a bordo de un barco mercante americano, cuando se presentó un barco francés y trabó combate. Todo el mundo a bordo del barco mercante, excepto el cuáquero, luchó desesperadamente en defensa de su vida. El cuáquero, con las manos a la espalda, paseaba tranquilamente por la cubierta, en medio de las balas.

Poco después los barcos se aproximaron uno a otro; y los franceses gritaron que abordarían el barco americano.

El cuáquero continuó su paseo. Las bordas de los barcos toparon y crugieron al chocar. Un clamor de triunfo se levantó del barco francés. Lo americanos cargaron sus fusiles, y se aprestaron a vender caras sus vidas. En aquel momento un francés se adelantó rápidamente para dirigir el abordaje.

No bien hubo puesto el pie sobre el barco americano, y antes que nadie echara de ver lo que sucedía, el cuáquero corrió con presteza hasta él, rodeó su cuerpo con los brazos y dijo con mucha calma y en tono de reproche: “Amigo, aquí no tenéis nada que hacer “. Y levantando al francés en vilo, como si entregara un bebé a su niñera, lo dejó caer suave, pero firmemente, por encima de la borda.

EL SACRIFICIO DEL PADRE DAMIÁN

DOS hermanos preparábanse en un seminario de Bélgica para el sacerdocio. El mayor, que esperaba ser misionero muy pronto y partir para las Islas del Mar del Sur, siempre que hablaba de la albor que le esperaba allende los mares, no podía menos que manifestar su gozo.

Pero no se realizaron sus anhelos. Cayó enfermo de cuidado y hubo de guardar cama largo tiempo. A medida que la fiebre consumía sus fuerzas, aumentaba su congoja y se ponía cada vez más pálido y melancólico. Viéndole tan abatido, su hermano menor se le acercó un día al lecho y le dijo tiernamente: “__” ¿ Te gustaría que tomase yo tu lugar como misionero ? “ __

Los ojos del enfermo se iluminaron por un momento, y sonriente, estrechó agradecido las manos de su hermano. Éste escribió secretamente a los superiores, suplicando le fuera concedido el ir a las misiones en lugar de aquél.

Estudiaba un día en su cuarto, cuando el superior del seminario fue a decirle que su ofrecimiento había sido aceptado y que partiría para las misiones. Al recibir la noticia, el muchacho, enajenado de contento, salió corriendo de su habitación y recorrió el patio en todas direcciones como fuera de sí.

__” ¿ Estará loco ? “ __ Se preguntaban los demás estudiantes.

Y, ¿ por qué se mostraba José Damián tan contento de marchar al destierro ? ¿ Por qué deseaba dejar la tierra feliz donde se hablaba su propio idioma y donde todas las costumbres le eran tan familiares ? ¿ Por qué anhelaba marcharse a trabajar entre los salvajes, allá lejos, al otro lado de los mares bravíos, apartado del trato y la memoria de sus amigos ?

Esto se comprende fácilmente si se considera que había ya renunciado al mundo para hacerse sacerdote, por lo cual abrazaba también con gusto la vida del misionero olvidado en lejanos países, pues más que la pompa del mundo, más que la felicidad

doméstica, más que a su padre y a su madre, amaba a nuestro héroe al Salvador del mundo, que pasó por esta vida haciendo bien, y exhortó a todos los que le amaban a que tomaran su cruz y le siguieran.

José Damián, rebosando de gozo, como un niño, partió con rumbo a las Islas del Mar de Sur, para dedicarse en ellas a las misiones. Trabajó con gran alteza de miras, ocupado en obras de perfección hasta los treinta y tres años, y entonces, mientras atendía a los cuidados de su misión, oyó un día decir al bondadoso obispo: “_” ¡ Qué lástima que no tenga yo a quien enviar a cuidar a los leprosos de Molokai, y que esos desdichados hayan de vivir abandonados, presa de la enfermedad más terrible que existe y sumidos en los más horribles pecados ! “.

José Damián, cuyo corazón se había enternecido muchas veces al oír hablar de la miserable vida de los leprosos, pidió al obispo le enviase a él, para cuidarles y evangelizarles, y el prelado accedió a la petición.

Esta acción implicaba otra “ renuncia ”, pues el pasar de los salvajes a los leprosos constituía un sacrificio mayor que el pasar de Bélgica a la tierra de los salvajes. Los leprosos vivían completamente solos, separados de la gente sana, que rehuía todo contacto con ellos, considerándolos como al que se ha de arrojar de la sociedad. La espantosa miseria de sus cuerpos les hacía también miserables en sus almas. Sus chozas eran verdaderas pocilgas; vivían enteramente como bestias; y si era repugnante el verlos, aún lo era más el tratarlos. Los horrores de Molokai son inenarrables. Si hubiéramos de referir solo una parte de ellos nos causaría tal asco que no podríamos sufrirlo.

Pero el Padre Damián se presentó ante aquellos desgraciados con el sencillo mensaje de que Dios los amaba; y su alegre semblante, su cariñosa voz, su tierna mirada y, más que otra cosa, la viva fe que respiraban sus palabras, impresionaron a los pobres leprosos convirtiéndolos de bestias en hombres, y de hombres en hijos de Dios. Empezaron a sentir vergüenza de sus pecados, y a freer que, a pesar de todo, quizás Dios los amaba realmente. Una cosa era indudable que el Padre Damián los amaba paternalmente.

Por espacio de diez y seis años vivió este santo y abnegado varón entre los leprosos. Les edificó una iglesia que frecuentaban con gusto; les construyó mejores viviendas; les procuró agua más abundante; los atendió como un verdadero hermano: curaba y vendaba sus repugnantes llagas; los confortaba a la hora de la muerte, y les cavaba él mismo la fosa. Por fin, el mundo oyó hablar de este sacerdote, solitario, dedicado enteramente a los más penosos trabajos entre leprosos. Le escribieron, le mandaron cajas llenas de objetos útiles para sus pobrecitos, y hasta hubo personas que fueron a verle y a ayudarle. En Inglaterra su nombre y fama eran un estímulo para el bien.- Un día, sin embargo, el buen padre se dio cuenta de su suerte. Sucedió que habiéndosele derramado sobre un pié un poco de agua hirviendo, no sintió dolor alguno. Extrañado por ello, fue a ver a un médico. “_” ¿ Se me habrá pagado la lepra “_ le preguntó el Padre Damián. “_” Siento manifestárselo “_ dijo el doctor “_” pero, en realidad, está usted leproso “. Desde aquel momento el Padre Damián en sus sermones no decía “ hermanos míos “, sino “ nosotros los leprosos “.

Estaba tan contento, y se sentía tan feliz, que decía que aunque hubiera de curara marchándose de la isla, no lo haría, por no abandonar a sus querido enfermos; así es que continuó trabajando a pesar de su propia enfermedad, mientras que la muerte iba minando su cuerpo con rapidez y violentamente. Cuando por último le hubieron de conducir a la cama, casi moribundo, dio gracias a Dios por todas las bendiciones y consuelos que de El había recibido. Dos sacerdotes, y varias hermanas de la caridad, estaban arrodillados junto a su lecho.

___” Padre, ¿ cuando esté en el cielo “___ dijo uno de los sacerdotes, ___” recordará a los que deja huérfanos en este mundo ? “.

___” ¡ Ah, sí “ ___ contestó sonriendo el buen Padre. ___” Si tengo algún valimiento cerca de Dios, rogaré por cuantos moran en la Leprosería “.

___” Y ¿ me dejará “___ murmuró el sacerdote arrodillado ___” como Elías, su manto, Padre mío ? “

___ “ ¿ Para qué ? “ ___preguntó el Padre Damián. Y luego añadió lentamente: “ Está cubierto de lepra “.

¡ Qué manto tan precioso, para quitárselo terminado el trabajo de su vida ! ¡ Ningún rey llevó nunca otro más hermoso !

Y el alma del Padre Damián pocos momentos después era recibida en el cielo por los ángeles. Toda su vida había sido un continuo acto heroico.

LA ULTIMA LUCHA EN EL COLISEO

CUANDO la soberbia Roma reinaba en todo el mundo y el emperador vivía en un palacio de mármol blanco o en una casa de oro puro, el Coliseo era el mayor teatro conocido en toda la tierra.

Álzase hoy todavía, deteriorado y ruinoso, pero sus ruinas son las que más impresión causa de cuantas hay en el mundo. En los tristes días en que Roma se derrumbaba de su alto pedestal, cuando los Apóstoles Pedro y Pablo fueron crucificados fuera de sus muros, el pequeño grupo de los cristianos ocultóse en los grandes subterráneos a fin de salvarse de los tormentos y de la muerte. Aún hoy podemos pasear por las catacumbas, en las cuales los primeros discípulos de Jesús se escondieron, huyendo de Nerón, el monstruo que vivió en casa de oro dentro de la ciudad. Dícese que cuando se quemó la casa de Nerón, durante el incendio de Roma, corría por las calles oro derretido.

En aquellos días ominosos, el grande, blanco y elevado Coliseo, con sus varios pisos y sus grandes galerías interiores que podían contener 40.000 espectadores, presentaba un espectáculo magnífico. Todo Roma iba al circo para presenciar la lucha de las fieras sueltas y contemplar como se destrozaban unas a otras. A él acudían los gladiadores, hombres de complexión robusta, diestros en luchar unos contra otros hasta que el contrario caía muerto. A las arenas del Coliseo eran arrojados vivos los cristianos para servir de comida a los leones, cuando se celebraba una festividad romana. No hay lugar en el mundo que haya presenciado espectáculos tan crueles como el circo romano.

Pero el Cristianismo fue abriéndose paso, poco a poco, hasta que el mismo emperador se hizo cristiano. Entonces fue cuando cesaron tan vergonzosas exhibiciones, y el Coliseo se convirtió sencillamente en circo. El pueblo, sin embargo, ansiaba presenciar los antiguos espectáculos y aún a veces parecía que de nuevo se enseñoreaba de él aquella antigua vesania. Los cristianos se habían hecho más y más poderosos durante 400 años, cuando llegó un día de terrible prueba para Roma. Alarico, rey de los godos, presentóse amenazador ante las puertas de la ciudad de los Césares, la cual, por tener entonces como monarca a un pobre niño loco, hubiera caído, a no haber sido por un valiente general y sus soldados, quienes obligaron a los godos a huir de la capital.

Fue tal el regocijo que reinó en Roma aquel día, que la gente acudió en tropel al Coliseo, dando vivas al bravo general vencedor. Hubo una gran cacería de fieras y celebróse un magnífico espectáculo, como los que se daban en otros tiempos. Súbitamente de uno de los estrechos corredores que conducían a la pista, salió un gladiador con lanzas y espadas. La alegría de los espectadores no conoció límites.

Pocos momentos después, otro espectáculo singularísimo llamó la atención de todos los circunstantes. Un anciano, descubierta la cabeza y descalzo, se adelantó en medio de la arena, suplicando al pueblo que impidiese el derramamiento de sangre. Al oír semejante súplica, la multitud comenzó a gritar, diciéndole que acabase el sermón y se marchara inmediatamente. Adelantáronse los gladiadores y obligáronle a apartarse, pero el noble viejecito se puso de nuevo entre ellos. Esta actitud provocó una lluvia de piedras que arrojaron airados los espectadores sobre el pobre anciano, quien, herido al propio tiempo, por los gladiadores, expiró en presencia de todo Roma.

Era este anciano uno ermitaño llamado Telémaco, uno de aquellos santos varones que, cansado de las crueldades del mundo, se había retirado a vivir en las montañas. Hallándose en Roma, con objeto de visitar los sagrados altares, había visto a las multitudes acudir en tropel al Coliseo y, compadecido de su crueldad, resolvió morir o impedir el espectáculo.

Murió, es cierto, pero la semilla estaba ya arrojada; todo lo mejor que había en Roma se conmovió profundamente a la vista del buen ermitaño asesinado en medio de la arena, y desde aquel día memorable no hubo ya más espectáculos sangrientos en el gran teatro. Esta lucha de gladiadores fue la última que tuvo lugar en el Coliseo.

COMO ALBANO ENTREGÓ SU VIDA A LOS ROMANOS

SEGÚN la historia antigua, Albano vivió en el siglo tercero de nuestra era. Los romanos dominaban entonces en Bretaña, y la persecución ordenada por el emperador Diocleciano, estaba en el apogeo de su furor en aquel país.

Albano era un romano bondadoso, que vivía en Verulamio y que dio asilo a un sacerdote cristiano llamado Anfíbolo, a quien buscaban los perseguidores para matarlo.

La santa vida y la fe jovial del sacerdote fugitivo conmovieron hondamente a Albano, que quiso conocer aquella religión que tanto valor inspiraba en su huésped. Un día vió acercarse soldados a su casa.

“ Han seguido las huellas del ciervo hasta su escondite ___ diho Albano; mas aunque los perros han olido sangre, no han de lamerla en el pavimento de mi casa “.

Trocó sus ropas por las de Anfíbolo, y el perseguido sacerdote huyó. Albano se entregó a los soldados y fue conducido ante el juez, quien, descubierto el engaño, ordenó que Albano pagase con su muerte el refugio dado a un rebelde. Pero le ofreció la vida a condición de que sacrificara a los ídolos, más Albano se negó.

___ ¿ De qué familia eres ? ___le preguntó.

___ Por mis padres me llamo Albano; adoro al Dios vivo, Creador de todas las cosas, ___respondió.

___ Entonces si quieres gozar de una larga vida, sacrifica a los dioses.

___ No, ___dijo Albano, ___los dioses, a quienes sirves no son dioses. No quiero prosternarme a adorar lo que es indigno de adoración.

Entonces le azotaron y se lo llevaron para ser decapitado. El lugar del suplicio era una colina coronada de flores y al pasar por entre la multitud que se había reunido a presenciar su ejecución, Albano se arrodilló y rogó por sí mismo y por sus enemigos. El verdugo, enternecido por la plegaria, se negó a cumplir su cometido y llamaron a otro, que decapitó a los dos.

El antiguo nombre de Verulamio se cambió por el de S.Albano; y en la florida colina se yergue hoy el magestuoso santuario, que se muestra en esta página.

LA LIBERACIÓN DE GROCIO

GROCIO, O Hugo van Groot, según se llamaba en holandés, fue un famoso catedrático, escritor y político. Hablaba y escribía libremente sobre las cosas que creía de justicia en política y religión, y ofendió con ello al gobierno holandés que por tal razón le condenó a prisión perpetua y confiscó sus bienes. Fue encerrado en el castillo de Louvestein, pero se autorizó a su consorte a permanecer con él.

Era la esposa de Grocio mujer experta, amante de su marido y desde luego no pensó más que en buscar los medios para emprender la fuga, pero transcurrieron ocho meses y ninguna ocasión se presentó para realizar la idea.

Grocio invertía su tiempo escribiendo y con frecuencia necesitaba libros de fuera de la cárcel para auxiliarse en su obra. Su esposa obtuvo permiso para ir en busca de quien se los prestara y pudo traerle un gran cofre lleno de volúmenes.

Terminado el asunto de los libros, fue a ver a un amigo que vivía fuera del castillo y aprovechó la oportunidad para meter en el cofre la ropa sucia que debía ser lavada. Los guardias del castillo acostumbraban a registrar el cofre, pero nunca encontraron nada peligroso y sí únicamente los libros y las ropas del preso.

Así pasó algún tiempo, hasta que los guardias dejaron de registrar el cofre; y no se le ocultó a la penetrante mirada de la señora Grocio que estaban ya cansados los vigilantes de cumplir con su deber. En un momento vio la posibilidad de que su marido pudiera fugarse. ¡ Si pudiera meterle a él en el cofre ! Lo primero que se requería era practicar algunos agujeros para que entrara el aire. Hecho esto persuadió a su marido que se sentara al amor de la lumbre y pretextara hallarse enfermo.

El día en que debían llevarse el cofre, como de costumbre, la señora ayudó a Grocio a meterse dentro y sujetó bien la tapa. Presentóse entonces el hombre que debía llevarse el cofre y al ver corrido el cortinaje de la alcoba iba a preguntar a qué venía, pero la esposa se llevó el índice a los labios pidiéndole callara para no molestar al doliente. El hombre se echó el cofre a la espalda y se lo llevó, no sin haberse quejado de lo mucho que pesaba.

Grocio fue llevado a casa de un amigo, desde donde, disfrazado de molinero, se marchó a Amberes.

¿ Qué fue ahora de la esposa que tanto se había arriesgado por libertar a su marido ?. Al principio procuró demorar el descubrimiento vistiéndose con las ropas de su esposo y se acurrucó cerca del fuego, pero no se dejó ver del carcelero. Luego, calculando que ya su marido estaría a salvo, se fue a ver a los guardianes, les participó que el preso se había escapado y les reprendió duramente por haber faltado a su deber. Disculpáronse y dejaron salir del castillo a la señora de Grocio, que poco después, se reunía con su marido.

LA VALEROSA MUCHACHA DE NOYÓN

EN una casa de la pequeña ciudad de Noyón, en Francia, se sentían con frecuencia molestados los vecinos por el mal estado del albañal, de modo que fue necesario enviar trabajadores que le dieran desaguadero. Oficio peligroso a causa de los gases metálicos que se desprenden.

En esta ocasión, cuatro hombres que se ocupaban de aquella faena, cayeron desvanecidos y no podían dar aviso para que les sacaran de la letrina.

Extrañados por la tardanza lo inquilinos de la casa, entraron con cuidado, pero nadie se atrevió a aventurarse.

Entonces, una animosa sirvienta, una muchacha de diez y siete años, movida a piedad para con aquellos pobres hombres, pidió que le ataran una cuerda y que bajaría al albañal.

Así se hizo y llegó hasta el grupo de hombres que yacían en el suelo, sin esperanzas de vida. Prontamente temblando de emoción, lo ató a la cuerda e hizo señal para que lo hizaran. Varias robustas manos lo subieron, y al depositarle en tierra, se vió que el hombre, aunque perdido el conocimiento, vivía aún.

Por segunda vez la muchacha ató a un hombre a la cuerda y fue puesto a salvo. Disponíase a repetir por tercera vez la operación, cuando la joven observó que no podía respirar. Sobrepúsose, con todo, a aquella sensación de ahogo y trató de amarrar al tercer hombre a la cuerda.

Apenas acababa de lograrlo cuando cayó a su vez sin sentido, pero antes, haciendo un supremo esfuerzo, logró atar a la cuerda su larga cabellera, y la anudó estrechamente, después de lo cual, quedó desmayada.

Los de arriba tiraron con el mayor cuidado y lograron poner en salvo a la doble carga.

Pronto la frescura del aire reanimó a la muchacha, e inconscientemente pensó en el cuarto hombre que quedaba en el peligroso albañal. Problemático era que pudiera ya auxiliarlo, pero tal vez quedaba alguna probabilidad de salvación, y por cuarta vez, expuso la noble joven su vida. Por desgracia ahora fue vano el esfuerzo, pues el hombre era ya cadáver.

Merecidísima es la recompensa que se otorga a las acciones valientes; y no faltaron algunos regalos para la abnegada muchacha que tan valientemente arriesgó su vida para salvar la de los demás.

* EL LIBRO DE LOS HECHOS HEROICOS

Digitalizado por la voluntaria Sonia Cortés Conde

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

